

Cuando Belgrano era chiquito

RICARDO LESSER

Ilustraciones de Constanza Oroza



Planetalector



Lesser, Ricardo
Cuando Belgrano era chiquito / Ricardo Lesser. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta Lector, 2017.
88 p. ; 19 x 13 cm.
ISBN 978-987-4155-24-5
1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título.
CDD A863.9282

COLECCIÓN PLANETA AZUL

© 2017, Ricardo Lesser
Ilustraciones: Constanza Oroza

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: marzo de 2017
700 ejemplares

ISBN 978-987-4155-24-5

Impreso en FP Compañía Impresora,
Berutti 1560, Florida, Pcia. de Buenos Aires,
en el mes de febrero de 2017

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Cuando Belgrano era chiquito

RICARDO LESSER

Ilustraciones de Constanza Oroza

 Planetalector

Había una vez un chico que vivía en una pequeña aldea llamada Buenos Aires, en el Virreinato del Perú.

Sus papás le habían puesto cinco nombres, pero todos lo conocían como Manuel.

No bien oía el silbido característico del «tío», como se llamaba entonces a los vendedores ambulantes de golosinas, salía corriendo a gastar el medio real que había ahorrado en la semana.

Nadie hubiera dicho que ese muchachito rubión, con el tiempo, sería un héroe. En estos cuentos, al menos, Manuel no es más que un chico. Un chico como vos.

Como un reloj

Talán talán, sonaron los campanas de Santo Domingo.

Talán talán, repiquetearon las campanas de San Juan Bautista.

Talaán talaaán, tocaron las campanas de San Nicolás de Bari, que estaba más lejos.

Don Domenico sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Eran las dos de la tarde.

No siempre las campanas repicaban puntualmente. A veces, los sacristanes se adormecían y se quedaban colgados de los badajos. Hasta el reloj de don Domenico se dormía de vez en cuando. En Buenos Aires, el único reloj exacto era el sol.

Los que funcionaban como un relojito eran los Belgrano. Seguían puntualmente las campanadas.

A las doce, las campanas anuncianaban el medio-día. Florencia, entonces, se peinaba.

No era tan simple como parece. Porque la niña tenía una cabellera negra larga, larguísima.

Tan larga que, cuando la soltaba y sacudía la cabeza, parecía que se hacía de noche.

Florencia, que tenía diecisiete años, era la primogénita de los Belgrano. Estaba a punto de casarse. Hacía rato que cosía y bordaba su ajuar de novia. Enaguas con puntillas, camisones primorosos, pañuelos blancos como espuma de mar.

Y la cabellera, claro. La cabellera era importantísima para una novia.

Doña Pepa, la mamá Belgrano, estaba preocupada por el casamiento cercano. Insistía en que Florencia se peinara mil veces diarias con un cepillo de mango de plata. Mil veces, ni una más, ni una menos.

Cepilla que cepilla. A las cien cepilladas nomás, Florencia se cansaba. De modo que le tocaba el turno a su hermana Josefa, que tenía once años. Cepilla que cepilla.

A las cien, a Josefa le dolía el brazo. Era la vez de doña Pepa. Cepilla que cepilla. Le tocaba de nuevo a Florencia. Y vuelta a empezar. Cepilla que cepilla hasta 998, 999... 1.000 cepilladas!

La cabellera de Florencia quedaba hecha una maravilla, llena de brillitos, como una noche estrellada en el campo. Aunque su hermana Josefa estuviera harta.

Lo cierto es que el cepillado terminaba cuando, ¡talán talán!, los campanarios anunciaban las dos de la tarde.

En ese momento don Domenico, el papá Belgrano, miraba su reloj de bolsillo. Como por embrujo, justo entonces sus hijos Carlos y José entraban por la puerta siempre abierta de madera. Llegaban del Colegio de Reales Estudios, que estaba a menos de dos cuadras. Ya habían dejado de ser chicos, o casi, porque tenían catorce y trece años. Domingo, de siete, hacía rato que había vuelto de la Escuela de Dios.

El que no estudiaba todavía era Manuel. Bah, ese chiquitín rubiόn de sólo cinco años que se llamaba Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Parece que los papás no encontraron más nombres para ponerle.

Quién sabe en qué correrías andaba Manuel cuando sonaron las campanas de las dos. Doña Pepa no lo dejaba salir solo ni siquiera a la Plaza Mayor, que estaba apenas a tres cuadras. De modo que quizá estuviera potreando en el patio trasero o tal vez prendido a la falda de la morena Toribia, que de vez en cuando le permitía hundir el dedo en la tinaja de miel.

Al último talán, todos a la vez, como engranajes obedientes de un reloj, marcharon a la sala.

La primera fue doña Pepa, la mamá. Estaba embarazada de nuevo. Manuel no se acordaba de haberla visto sin panza. Eran un montón de familia.

Después vinieron los chicos. En malón, como solían hacer cuando era la hora del almuerzo.

La mesa era una tabla. En la cabecera, el sillón de don Domenico, el papá. En la otra, una silla modesta para doña Pepa, la mamá. A los lados, dos largos bancos de madera para los chicos, salvo los que no tenían edad para almorzar con los grandes: Francisco de cuatro, Joaquín de dos y María del Rosario, que era una bebita.

Los chicos se fueron acomodando en los bancos en un orden riguroso, de mayor a menor. Florencia, con su cabellera nocturna. Carlos y José, con un gesto como de coroneles, que es lo que serían con el tiempo. Josefa, todavía aburrida de cepillar a la hermana. Domingo, que siempre se moría de hambre. Y Manuel.

Al lado de doña Pepa, Corsario. Corsario era un perro sin pelo que en invierno dormía a los pies de mamá Belgrano porque era calentito. Él también acudía con las campanadas de las dos porque a veces ligaba un hueso de caracú.

Toribia había dispuesto la mesa. Delante de cada uno, una escudilla. Ante don Domenico, una



botella negra con vino. En el medio, una jarra con agua y un único vaso de vidrio grueso, alto, que se pasarían unos a otros porque las copas eran para las fiestas.

Los Belgrano eran adinerados. De modo que en la mesa había algún que otro tenedor y algunas cucharas de plata, aunque no se usaban demasiado. Los chicos sorbían la sopa del borde de la escudilla. Y la carne del puchero había hervido tanto que se deshilachaba, era fácil comerla con la mano. Eso sí, debían hacerlo con tres dedos, como mandaban las reglas de urbanidad.

Don Domenico miró a ver si todos estaban sentados en sus puestos en silencio y con la debida compostura. Estaban. Consultó el reloj. Eran las dos y siete de la tarde. Dio dos palmadas y apareció Toribia con la primera fuente de puchero.

La fuente pasó de mano en mano. Siempre siguiendo el sentido de las agujas del reloj: primero don Domenico, claro, y después hacia la derecha. De modo que Florencia era la segunda, Carlos, el tercero y así hasta llegar a Manuel, que era el último.

Un choricitto, un pedazo de panceta, una pata de gallina, una papa. Cuando la fuente llegaba a Manuel no quedaba mucho qué elegir. Pero después vino otra fuente y aun una tercera.

Mientras tanto, los grandes hablaban cosas de grandes. Los chicos no podían hablar si los papás no se dirigían a ellos.

Carlos y José, que estaban sentados juntos, se pellizcaban por debajo de la mesa y se reían como tontos. Domingo comía a dos carrillos. Florencia parecía más preocupada por su cabellera que por la comida, a cada rato movía la cabeza para sentir la caricia de su cabello en los hombros.

Corsario atendía el recorrido de las fuentes con una ilusión de huesos en la mirada.

Cuando Toribia trajo los postres, hubo una exclamación callada de alegría. Los Belgrano eran muy dulceros.

En la primera fuente había fritos de papa espolvoreados con azúcar, buñuelos salpicados con miel y pastelitos con crema. ¡Ah, los pastelitos con crema de Toribia! Uno se los metía en la boca y sentía como un sabor dulce a tobogán en la plaza.

En la fuente había seis pastelitos. Florencia se sirvió el primero. Carlos, el segundo. José, el tercero. Josefa, el cuarto. Y Domingo... ¡se sirvió dos!

—¡¡No vale!! —gritó Manuel, que se había quedado sin pastelitos.

Domingo puso cara de yo no fui.

—¿Qué pasa? —preguntó don Domenico.

—¡No vale, padre! —volvió a gritar Manuel, que estaba enojadísimo—. ¡Domingo...!

—Baje el tono, amiguito. No se haga el gallo conmigo.

—No, padre. Lo que pasa es que este orden es injusto.

—¿Injusto?

—Vea usted, padre, si los pastelitos se reparten siguiendo el orden de reloj en que estamos sentados, los más grandes pueden agarrar más...

Exactamente cuando Manuel estaba diciendo «agarrar más», Toribia se aproximaba a la mesa con una enorme olla de compota de duraznos. La olla era pesada. El líquido se movía de allá para acá a cada paso cansado de Toribia. La morena venía vigilando con dificultad que el líquido no se derramara. Ya estaba cerca de la mesa.

En ese preciso instante, Florencia sacudió su cabellera. Toribia se sobresaltó, sintió que se le venía la noche de la cabellera encima. Trastabilló. Y la olla saltó de sus manos. Rebotó sobre la mesa. Y, mientras rebotaba, lanzaba el líquido espeso y viscoso en todas direcciones.

Florencia gritó al sentir el líquido pegajoso sobre su cándido vestido blanco.

Carlos y José se levantaron de un salto, y el banco en el que estaban sentados cayó con un gran estrépito hacia atrás.

Los duraznos patinaron sobre el mantel.

Domingo intentó salvar sus dos pastelitos de la compota que se esparcía sobre la mesa, pero fue inútil.

Corsario, feliz, lamía la compota derramada en el piso.

Ese día, se paró el reloj de don Domenico, tan enojado estaba.

El farolero iba poniendo luces a la noche. Una lucecita, en la casa blanca de los Belgrano. Otra, en la casa blanca de los Rivadavia. Apenas una vela. Una débil lucecita amarilla que se desmayaba antes de llegar a la calle.

Buenos Aires de noche era muy, pero muy oscura. Los vecinos iban a las tertulias acompañados por los que llamaban «negritos del farol», chicos que llevaban en lo alto faroles con una vela dentro. Parecían luciérnagas deambulando en la ciudad.

Toribia caminaba por la noche, llevando uno de esos faroles en una mano y a Manuel en la otra. Doña Pepa la había mandado a llevar un recado y el chico había pedido acompañarla.

Tenían que ir a la calle de las Torres, que se denominaba así por las torres de la catedral. En aquel entonces, las calles tenían nombres de santos; como San Gregorio o Santo Domingo, donde vivían los Belgrano.

La calle de las Torres no estaba muy lejos, no más de tres o cuatro cuadras, al otro lado de la Plaza Mayor. Pero el camino en esa ciudad casi a oscuras era una aventura.

Para colmo, había llovido todo el día. Las calles eran un lodazal.

Toribia y Manuel trataban de caminar por las veredas angostas, pegaditos a la pared. Pero a veces las casas no tenían vereda y no había más remedio que caminar por el barro.

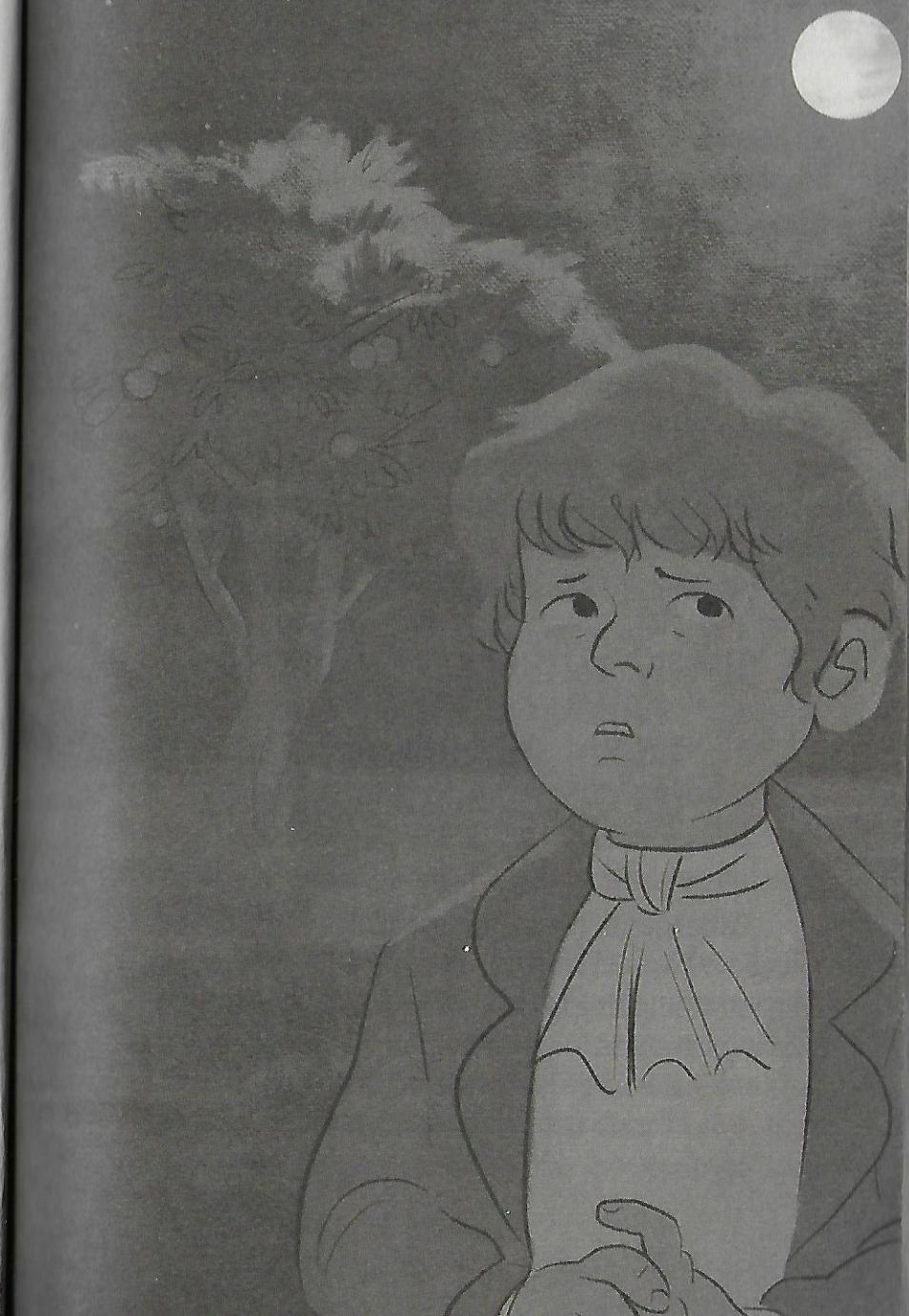
La morena se arremangaba las enaguas para no mancharse, pero era inútil. A Manuel no le importaba, hubiera querido sacarse los zapatos y chapotear en los charcos.

—¡Jesús, María y José! —protestó Toribia, que había metido un pie donde no debía.

Era un «regalito» de caballo. A menudo, los animales quedaban atados durante horas a los postes de las casas, de modo que hacían sus necesidades allí, con las consecuencias que son de imaginar.

Reemprendieron el camino entre los rezongos de la morena. De frente, por la misma vereda, venía una señora con su negrito del farol.

«Vuelta a bajarse de la vereda», pensó la morena con resignación.



Como las veredas eran muy angostas, algo así como un paso largo de Toribia, era difícil que dos personas que venían en direcciones contrarias pudieran pasar al mismo tiempo. Y nadie quería bajarse.

¿A quién le tocaba el barro de la calle entonces?

En el antiguo Buenos Aires era costumbre que la derecha —es decir, el lado de la pared— correspondiera siempre a las señoritas y a las autoridades. Y, claro, a los blancos.

Venía una señora en sentido contrario. ¿Quién cedía el paso? Toribia.

Venía un coronel o un regidor. ¿Quién cedía el paso? Toribia.

Venía un blanco, aunque fuera un simple criado. ¿Quién cedía el paso? Toribia.

Toribia cedía el paso invariablemente. Y allí iba la morena, haciendo equilibrio en el barro resbaloso de la noche con Manuel de la mano.

Embarrados hasta las orejas, caminaron por la calle de San Martín hasta llegar a un hueco. Los huecos eran terrenos baldíos llenos de basura, yuyos y cascotes.

—¿Qué es eso? —preguntó Toribia, sobresaltada. En el fondo del baldío había una luz. Una luz rara, como verde.

La morena era más curiosa que miedosa, de modo que se metió en el baldío. Manuel la siguió por no quedarse solo en la vereda.

De repente, algo salió de la oscuridad. Parecía que quería embestirlos. Pasó cerquísima del chico. Se les pusieron los pelos de punta.

¡Me! ¡Me! ¡Meee!

Era una cabra, una de las cabras que solían andar sueltas en el barrio porque se escapaban de los corrales de Santo Domingo o San Francisco. La pobre estaba más asustada que ellos.

A Toribia y a Manuel les volvió el alma al cuerpo. Miraron otra vez hacia el fondo del baldío.

La luz verde no se quedaba quieta. Las sombras bailaban sobre los arbustos. Por momentos, se agigantaban como lenguas terribles.

Al rato, se dieron cuenta de dónde provenía la luz. Era una vela encendida en una sandía ahuecada, el ingenioso farol de algún pobre que se refugiaba en ese baldío.

—No era nada —dijo Manuel, aliviado.

—No crea, amito. Algun ánima en pena anda rondando este lugar. Mi comadre, que vive acá nomás, dice que en las noches de luna llena se oyen como los lamentos de un fantasma.

—Han de ser gatos, Toribia.

—No, amito. Son fantasmas. Mi comadre está segura de que aquí se reúnen las brujas y los brujos para hacer sus maldades. ¿Quién le dice que esa cabra que casi nos atropella no sea el mismísimo diablo?

A Manuel le corrió un frío por la espalda. Se acordó de que la cabra lo había rozado con sus pelos ásperos al pasar corriendo a su lado. Agarró la mano tibia de Toribia, quería irse de ahí cuanto antes.

Hay que decir la verdad: a Manuel la oscuridad de la noche le daba cosita.

Las noches tenían su ceremonia. Manuel se ponía el camisón. Se metía en la cama. Esperaba a que mamá le diera las buenas noches. Después, doña Pepa soplaba la vela.

¡Fuuuu! El soprido empujaba la llama hasta apagarla.

Entonces la habitación cambiaba asombrosamente. El techo y las paredes blancas desaparecían. Y las cosas perdían sus sombras, tal vez se iban a jugar hasta que saliera el sol.

No había más que oscuridad. Y en la negrura de los rincones o en la cueva de debajo de la cama podía haber un monstruo.

En ese instante, Manuel recordaba el cuadro de la sala. Era una estampa de San Jorge y el dragón, cuya leyenda es el origen de los cuentos de hadas. El caballero salva a la princesa del dragón, una serpiente alada y roja que tiene ocho cabezas y ocho colas.

En la oscuridad, uno imagina cosas y Manuel las imaginaba. Fantaseaba que el dragón se desprendía del cuadro de la sala y atravesaba la puerta, sin importarle que estuviera cerrada. Metía tremendo ruido al volar, pero los grandes no lo oían. Y, astutamente, cambiaba de color: se hacía negro para confundirse en la oscuridad.

Lo único que asustaba al dragón era la luz. Una mínima llamarita bastaba para que saliera corriendo. Pero la vela estaba apagada.

El dragón estaba al acecho, quieto, sin mover ninguna de sus ocho colas, ninguna de sus ocho cabezas. El dragón negro no se veía en la negritud de la noche negra.

Manuel se prometía a sí mismo que no se dormiría para prevenir cualquier ataque del monstruo. Se quedaba con los ojos abiertos, como un gato que mira en la oscuridad. Pero, al rato nomás, los párpados se le caían hasta que se quedaba dormido.

Cuando Manuel volvió de su aventura de noche y barro con Toribia estaba raro, como afligido. Cenó muy poco. Ni siquiera comió un pastelito con crema, lo que sí era definitivamente extraño.

Doña Pepa le preguntó qué le pasaba. Como con un tirabuzón logró que le contara el episodio del hueco: que la luz, que la luz en la sandía, que la cabra que daba miedo.

—La cabra me hizo acordar al dragón —concluyó Manuel.

—¿Qué dragón?

—El dragón de la sala, dicen que es el diablo.

La mamá comprendió enseguida. Tenía que hacer algo para que Manuel se amigara con la oscuridad.

—Debo haber dejado las agujas de tejer en el patio trasero —dijo doña Pepa—. Ve a buscarlas, hijo. Busca con cuidado, son muy pequeñas.

Manuel sintió un nudo en la garganta. No le hacía ninguna gracia salir a la oscuridad hostil del patio. Miró a su madre, implorante. Pero doña Pepa le dijo, sin más:

—Ve. Ahora, hijo.

Manuel salió. El negro de la noche estaba tendido como un gran mantel sobre el patio.

Es curioso lo que le pasa a uno cuando está completamente a oscuras. Las pupilas de los ojos, esos redondelitos negros, se agrandan para que entre la luz, por más chiquita que sea. Los oídos oyen ruidos que no se perciben habitualmente porque no les prestamos atención.

Esto fue lo que le pasó a Manuel. De entrada, no veía nada, no oía nada. Eso le daba cosita. Mucha cosita.

Después, empezó a ver. La luna iluminaba los limones del limonero. El agua de lluvia reflejaba las estrellas en la tinaja de barro. Todavía quedaban brasas rojas en el fogón en el que Toribia había cocinado el puchero.

Manuel comprendió que en la noche las cosas eran las mismas que durante el día. Y que no había monstruos, eran figuraciones suyas.

Poquito a poco, la oscuridad dejó de darle miedo. Pero, de pronto, oyó un ruido.

Era como el ruido que hacen las patas de un animal cuando corre velozmente. ¿El dragón?

Inquieto, aguzó los oídos. El ruido venía de la despensa. Valientemente, fue hacia allá.

Entonces vio que una lauchita salía a toda

prisa de la despensa llevando un grano de maíz en el hocico. Ese era el dragón.

«En la noche vemos dragones cuando no hay más que lauchitas», se dijo Manuel, que nunca encontró las agujas de tejer porque la mamá las tenía bien guardadas en el costurero.

La Escuela de Dios

Manuel estaba distraído. Miraba ensimismado una mancha de humedad en la pared. Le parecía un monstruo con alas de murciélagos.

En eso, el monstruo abrió las alas, eran inmensas. Entonces Manuel, ya con su armadura, lo embistió. Rompió una lanza sobre el lomo monstruoso y después otra y una tercera.

Manuel había dejado de ser Manuel. Ahora era el caballero Amadís de Gaula que, finalmente, mató al monstruo de la pared.

Amadís estaba sentado en el banco de la escuela porque descansaba de sus fantásticas andanzas por tierras lejanas. Había enfrentado enemigos terribles. Como aquel mago al que hirió, pero que se hizo curar con la intención de ser peor que antes y hacer mayores males que antes, como hacen los malos.

Por suerte, contaba con la protección de la hechicera a la que llamaban *La Desconocida*, porque nunca se presentaba con el mismo rostro, ni el

mismo aspecto, aunque a veces se parecía extraordinariamente a Toribia.

Como le habían enseñado, al entrar a la escuela había hecho una reverencia al maestro y había doblado la capa dejándola a su lado. El maestro no lo sabía, pero era una capa mágica: el chico se la ponía y se hacía invisible, nadie podía verlo.

El monstruo con alas de murciélago seguía acechando desde la pared. Manuel imaginó que ese ser diabólico le había quitado la lanza que la hechicera le había dado para rescatar a un rey infortunado de manos de los caballeros irlandeses.

Amadís con su armadura fantástica...

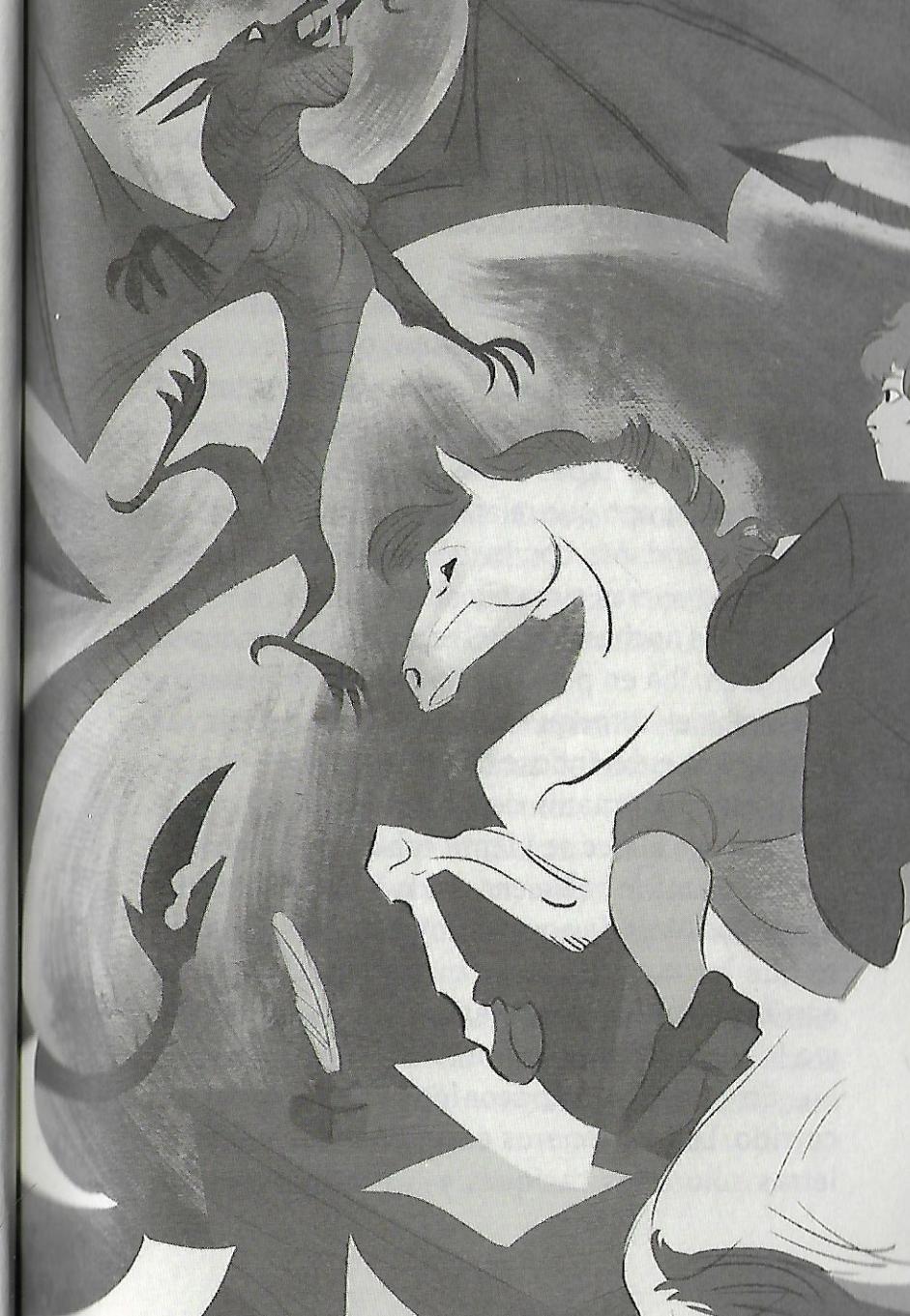
—¡Preste atención, Manuel! —vociferó el maestro, golpeando el puntero en la pizarra—. ¡Eme-a hace ma! ¡Eme-e hace me! ¡Repitan!

—¡Eme-a hace ma! ¡Eme-e hace me! —corearon los chicos.

—Bien, ¡eme - i hace mi!...

Manuel estaba en clase de lectura. Se había distraído con sus fantasías. Hay que disculparlo: esa mancha en la pared era igualita a un monstruo con alas de murciélago!

El mocito se aburría como un hongo en las clases de lectura. Odiaba el silabario, ese librito



con sílabas sueltas y palabras divididas en sílabas que había que saber de memoria. La razón era muy sencilla: hacía tiempo que sabía leer. Es más, leía un libro a escondidas.

Había encontrado en la biblioteca de su papá un volumen antiquísimo: *Los cuatro libros del invencible caballero Amadís de Gaula en que se tratan sus muy altos hechos de armas y apacibles caballerías*. Era un libro de tapas duras y páginas amarilleadas por el tiempo que relataba los combates de un caballero andante contra una multitud de otros caballeros y seres maravillosos.

Por las noches, Manuel esperaba que todos se acostaran. Iba en puntillas de pie a la biblioteca y se llevaba el libro, que leía secretamente a la luz de una vela cubriéndose con la manta.

Amaba a Amadís de Gaula, el paladín de la libertad con el que se identificaba.

Su mamá le había enseñado a leer en casa. En el Buenos Aires de aquel entonces no era frecuente que las mujeres supieran leer, mucho menos escribir. Las niñas debían saber hilar, coser, bordar y, a lo sumo, dibujar su firma.

En verdad, eran pocos los que sabían leer de corrido. Los misioneros enseñaban las primeras letras sólo a los caciques y los indígenas prin-

cipales. Los esclavos tenían prohibido ir a la escuela. Se dice que un mulato fue castigado en la plaza porque se descubrió que sabía leer y escribir.

Cuando cumplió los siete años, Manuel fue a la Escuela de Dios, que funcionaba en el convento de Santo Domingo, a media cuadra de su casa. Otros chicos iban a las Escuelas del Rey, que eran gratuitas.

—¡Eme-a hace *ma!* ¡Eme-e hace *me!* ¡Eme-i hace *mi!* ¡Eme-o hace *mo!*...

Había que decirlo a viva voz y repetirlo a coro una y otra vez. Era como una canción. Una canción aburridora.

Después de haber memorizado el silabario, el maestro inició sus lecciones de cómo deletrear.

—¡Santísimo sacramento! —leía, puntero en mano—. ¡San-tí-si-mo! ¡Sa-cra-men-to! ¡San-tí-si-mo! ¡Sa-cra-men-to! A ver, niños.

—¡San-tí-si-mo! ¡Sa-cra-men-to! —recitaban los chicos.

Una vez que los alumnos aprendieron a deletrear, empezaron a leer un libro llamado el *Catón cristiano*, que incluía normas de conducta para los niños.

Leía el maestro:

—En presencia de otro no saque cera de los oídos, ni escarbe las narices, ni haga ruido al sonarse, ni después de sonarse mire el pañuelo.

Los chicos repetían en voz alta:

—En presencia de otro...

Esa mañana del 3 de junio las campanas tañían por la festividad del Corazón de Jesús. Era el cumpleaños de Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús, que cumplía ocho años. En esa época se nombraba a los recién nacidos de acuerdo con el santo del día en que habían nacido. Así, cuando cumplía años, se deseaba al cumpleañero felicidades en su santo porque el nacimiento coincidía con la fecha del santo.

Manuel se preparaba para ir a la Escuela de Dios. La cara no se le caía dentro de la habitual taza de chocolate de milagro. Cabeceaba de sueño. Ni las tortitas endulzadas con miel lo despertaban. Pero no había excusas: aunque fuera su santo, ese día empezaría las clases de escritura.

Escribir no era nada fácil. Manuel admiraba a su papá, que se carteaba con decenas de otros comerciantes. Había que ser muy hábil para llevar una gota de tinta del tintero al papel y trazar las

letras en él. Aun así, don Domenico siempre tenía los dedos manchados de tinta.

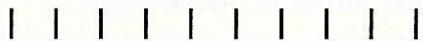
Escribir cartas requería una larga ceremonia. Don Domenico abría la tapa de su escritorio. Tomaba de un cajón unas hojas grandes de papel grueso que mandaba comprar a una tienda de la calle Santo Cristo. Alineaba dos o tres plumas de ganso a las que sacaba punta cuidadosamente con una navaja. Comprobaba que la tinta negra no se hubiera secado.

Recién entonces, escribía. A veces, la pluma de ganso se enganchaba en el papel y se producía un vergonzoso manchón. Impaciente, don Domenico hacía un bollo y lo tiraba a un costado. Una vez que terminaba de escribir, echaba arenilla para secar la tinta.

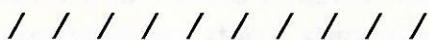
En aquel tiempo el papel era muy caro. A nadie se le hubiera ocurrido que los chicos desperdiciarían esas hojas tan valiosas haciendo mamarrachos para aprender a escribir. O que se mancharan la ropa con tremendos lamparones de tinta.

De modo que se usaban cajas de madera con arena. Los chicos dibujaban las letras con un palito en una caja llena de arena húmeda bien alisada. Para borrarlas no había más que pasar una tablita para que la superficie quedara lisa otra vez.

Pero, antes de las letras, había que dibujar palotes derechos:



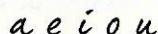
Diez, veinte, cien palotes derechos. Después, palotes inclinados:



Diez, veinte, cien palotes inclinados. Luego, aes:



Cientos de aes. Más tarde, todas las vocales:



y así.

Hay que decirlo: en el Buenos Aires antiguo, aprender a leer y escribir era tedioso, aburrido, soporífero.

Manuel, que había aprendido con su mamá, a menudo se distraía en su propio mundo de caballeros y caballería. Imaginaba que levantaba castillos en esa arena que venía del río. En vez de palotes derechos dibujaba la lanza erguida de Amadís de Gaula. Y, en vez de *a e i o u*, escribía *Manuel* y soñaba que era el paladín de la libertad.

El tío del cuento

En la entrada había un tiburón. Tenía la mandíbula preparada para una dentellada. Miraba con grandes ojos metálicos, fijos. Estaba inmóvil, siempre en la misma posición. Alerta...

... y embalsamado. Porque el tiburoncito estaba embalsamado. Era una cría que había sido pescada cruelmente en el mar frío.

No era raro que en las boticas, como se llamaba a las farmacias en aquel entonces, hubiera animales embalsamados como adorno. También había misteriosos potes con piedras y tremendos frascos de agua coloreada que brillaban en la penumbra.

A Manuel le encantaba la botica del tío Angelo.

En realidad, don Angelo Castelli era un tío lejano, puesto que estaba casado con una prima hermana de doña Pepa. Pero los Belgrano consideraban a los Castelli como de la familia.

Don Angelo había sido padrino de bautismo de Florencia, la de la cabellera como la noche. Y Manuel

llamaba primo a su hijo, Juan José Castelli, con quien serían muy compinches cuando fueran grandes.

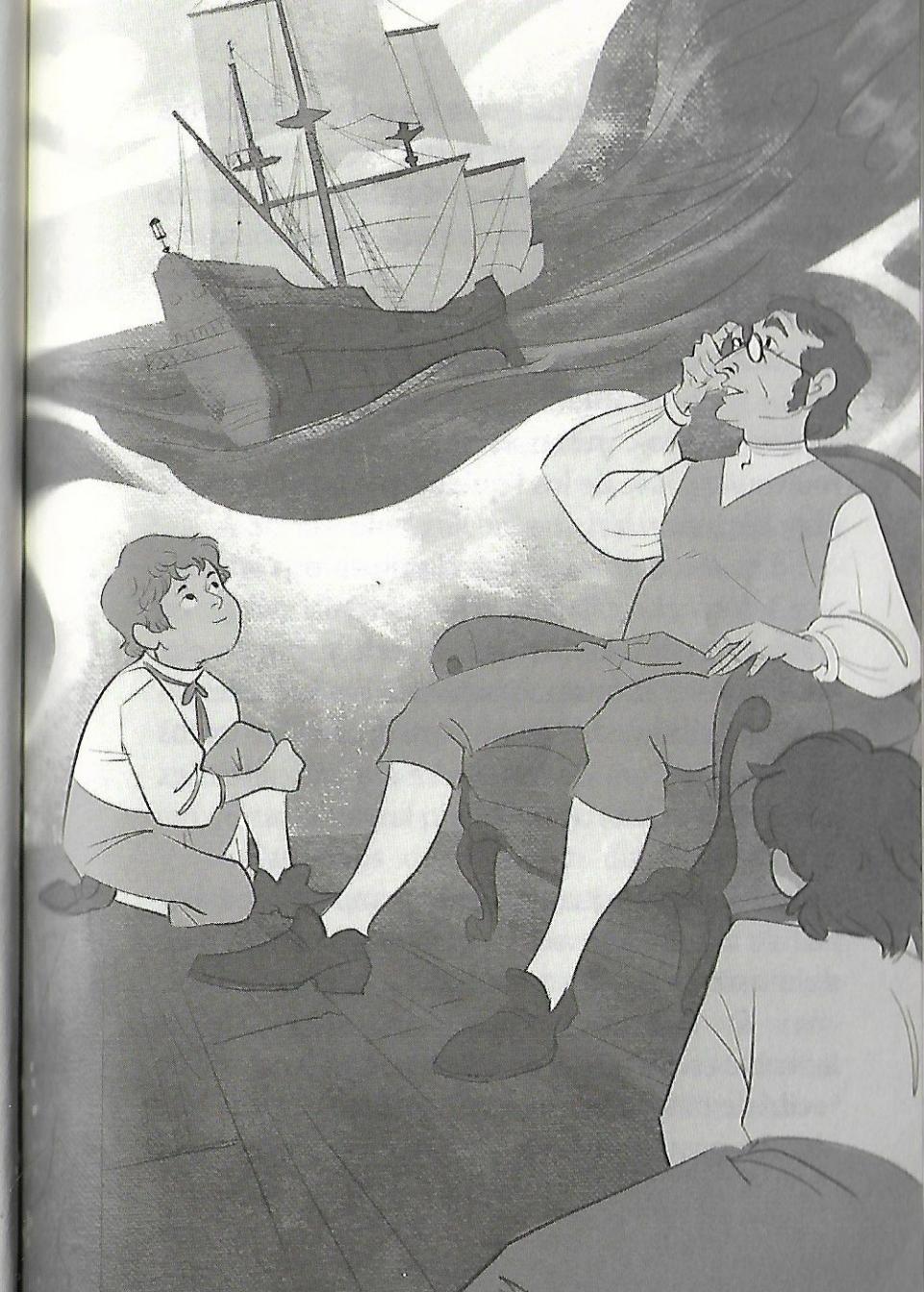
Por si fuera poco, don Domenico, que había nacido en un pueblito de la Italia antigua, conversaba en italiano con don Angelo, cuyo origen era veneciano.

Las tardes eran olorosas en la botica de la calle de Las Torres esquina San Miguel. En el aire flotaba la fragancia de flores de naranjo machacadas. Un gran mueble oscuro contenía cajoncitos llenos de hierbas aromáticas. Y había venenos hediondos en cajas de cristal con llaves pequeñísimas.

En aquel tiempo, los remedios se producían en las boticas. Para ello, los boticarios tenían recetas secretas anotadas en libros que guardaban en vitrinas celosamente custodiadas.

Hubo una época en la que los medicamentos se elaboraban en base a polvo de cuerno de unicornio, ranas secas molidas o caca de murciélagos. Ahora se hacían con plantas. En la trastienda del tío, las hojas de un árbol hervían durante horas para producir un jarabe conocido como *curlotodo*, porque curaba desde los catarros hasta los dolores de panza.

Angelo Castelli andaba misteriosamente entre los alambiques con sus anteojos redondos como



si estuviera buscando alguna fórmula oculta. Tenía algo de químico y algo de mago.

Pero lo que fascinaba a Manuel era el cuento que el tío Angelo le había contado en una ocasión.

Esa tarde, el tío se acomodó con un suspiro en su viejo sillón. Manuel y Juan José se sentaron en el piso con las piernas cruzadas. Se oía el murmullo suave de los líquidos que hervían en los alambiques.

Los chicos ya conocían el principio:

—Nací por casualidad en un país que ya no existe, el Reino de Morea. Mi padre —tu abuelo, Juan José— había sido enviado allí por la Serenísima República de Venecia para combatir a los turcos en la Gran Guerra. Padre era coronel de los ejércitos, me parece verlo bajo la bandera roja del león alado.

El abuelo de Juan José había muerto en batalla, de modo que el tío omitió aquel recuerdo doloroso.

—Era apenas un crío cuando me quedé huérfano. Me criaron unas tíos en Venecia. Ya mozo, me recibí de médico cirujano. Ya podría yo andar por ahí con bastón de puño de oro y las borlas en el

bonete que corresponden a los doctores graduados. Pero no, prefiero la botica.

El tío Angelo se sacó los anteojos, limpió los cristales gruesos con un paño, se los calzó nuevamente y continuó el relato.

—Ya no me acuerdo cómo fue. Lo cierto es que un día conocí a un tal José Polloni, que era el patrón y el capitán de un galeón...

—¿Qué es un galeón, padre? —inquirió Juan José.

—Se les dice galeones a las naves de gran tamaño que navegan regularmente desde el puerto español de Cádiz hacia las Indias... Polloni, decía, me ofreció ser el médico cirujano de su galeón, *Nuestra Señora del Rosario*, que partiría rumbo a Buenos Aires. Acepté sin presentir la catástrofe que ocurriría.

El tío hizo una pausa, luego reanudó el relato:

—Zarpamos de Cádiz un día de otoño en el que el sol parecía una gran naranja en el cielo celeste. Nos esperaba una travesía de más de tres meses. Dormíamos en unas hamacas marineras en la entrecubierta, pero era tan incómodo que preferíamos pasar la noche durmiendo bajo las estrellas.

—¿Qué hacía durante la navegación, padre? —curioseó Juan José.

—Como médico de a bordo tenía que curar las enfermedades de los marineros. Pero al capitán le importaban poco sus hombres, sólo hablaba de los negocios que haría al desembarcar. Decía que llevaba un cargamento de naipes y tabaco para vender, lo que era verdad. Pero lo que no decía era que en las bodegas escondía rosarios de oro de contrabando.

El sol ya estaba bajo. El frío del atardecer se había colado por la ventana sin pedir permiso. El tío se arropó con una manta.

—El viaje prosiguió sin mayores novedades. Estábamos a no más de dos o tres días del puerto de Buenos Aires cuando aparecieron los primeros indicios del desastre. A los costados de la nave se veía el lomo de delfines que nadaban en todas direcciones. «Señal de mal tiempo», declaró un viejo marinero. Así fue: poco después, una tempestad levantaba olas que eran más altas que el mismo barco. Las maderas crujían como si fueran a partirse. Pensé que íbamos a naufragar. Pero, de pronto, vimos la luna rodando en el cielo estrellado. La tormenta había pasado repentinamente.

»Nos fuimos a dormir felicitándonos por haber sobrevivido a semejante trance. El galeón

navegaba serenamente la noche y el mar. Pero, a eso de las dos de la madrugada, me despertó un golpe...

Don Angelo, que era un buen narrador, hizo una pausa.

—Después, otro golpe. El barco se estremeció como un animal herido. Habíamos encallado contra un peñasco oculto por las aguas. Se hizo una larga fisura en la proa, que se ensanchaba a ojos vista. Hacíamos agua.

Otra pausa.

—En el horizonte, se veía una línea fantasmal: era la playa iluminada por la luna. Sólo contábamos con un chinchorro, un pequeño bote, demasiado pequeño para evacuar a tiempo a los trescientos tripulantes del galeón. Pero la costa no estaba demasiado lejos, podíamos llegar nadando.

»Mientras tanto —siguió el tío—, el capitán pensaba únicamente en cómo salvar su cargamento. Cada vez entraba más agua. Polloni dio la orden de bajar el chinchorro. Pero los marineros pensaban más en saltar por la borda y nadar hasta la orilla que en otra cosa. De hecho, los primeros

se zambulleron sin prestar atención a los gritos iracundos del patrón del *Nuestra Señora*. El mar seguía inundando el barco. Me dirigí a la borda y, antes de zambullirme yo también, eché una mirada atrás. Polloni estaba como loco, abrazado a una caja de rosarios de oro. Daba grandes voces que nadie escuchaba. Fue la última vez que lo vi.

—¿Qué pasó después, tío? —dijo Manuel.

—Después de bracear un buen rato en la oscuridad, llegué a la playa. Me quedé dormido ahí mismo, tanto era el cansancio que tenía. Al amanecer, descubrí que habíamos naufragado en un paraje llamado de los Castillos, cerca de una aldea de pescadores de tiburones. Esos buenos hombres nos hospedaron en sus casuchas y, cuando nos fuimos, me regalaron un tiburoncito embalsamado como recuerdo.

—¿Éste es el fin del cuento? —interrogó nuevamente Manuel.

—El fin del cuento es el fin de mis andanzas por el mundo. Desde aquel naufragio juré que nunca más pisaría la cubierta de un barco. De modo que me quedé en este lado del océano. Y puse una botica.

»De vez en cuando —concluyó el tío Angelo—, tengo noticias de aquella aldea de pescadores

de tiburones. Durante meses, bucearon entre los restos del *Nuestra Señora* buscando los rosarios de oro, pero nunca los encontraron. Quién sabe si no andan por allí todavía, flotando en las aguas verdes del mar junto al capitán Polloni.

La guerra de las fogatas

Si un chico quiere hacer una gran, pero una gran gran fogata, ¿con qué hacerla? Esto pensaba Manuel mientras caminaba por la calle Santo Domingo mirando a un lado y a otro.

Si uno quiere hacer una gran, pero una gran fogata, lo primero que tiene que hacer es buscar ramas. ¡Ah, qué gracia! Lógicamente uno tiene que buscar ramas. Pero hay un problema: en las calles de Buenos Aires no hay árboles. Entonces, no hay ramas.

¿No hay ramitas, por lo menos? No, ni siquiera ramitas. No hay un solo árbol.

¿Y con qué hace el fuego Toribia cuando cocina el puchero en el patio del fondo? Con ramas, ramitas y ramotas que le traen de las quintas que están en las afueras de la ciudad. En las quintas hay durazneros, higueras, ciruelos...

¡Pero en casa hay un limonero y dos naranjos! Sí, hay un limonero y dos naranjos pero las ramas se

las queda Toribia. Para ella son muy valiosas precisamente porque las ramas tienen que traerlas desde las afueras de la ciudad, como a quince cuadras (Buenos Aires no era muy grande en esa época).

Bueno, si no hay ramas, ¿qué hay en casa que sea de madera y que uno pueda usar para hacer una gran, gran fogata?

Las varas del carro entre las que Silvio, el cochero, engancha los caballos, —se le ocurrió. No, padre me mata.

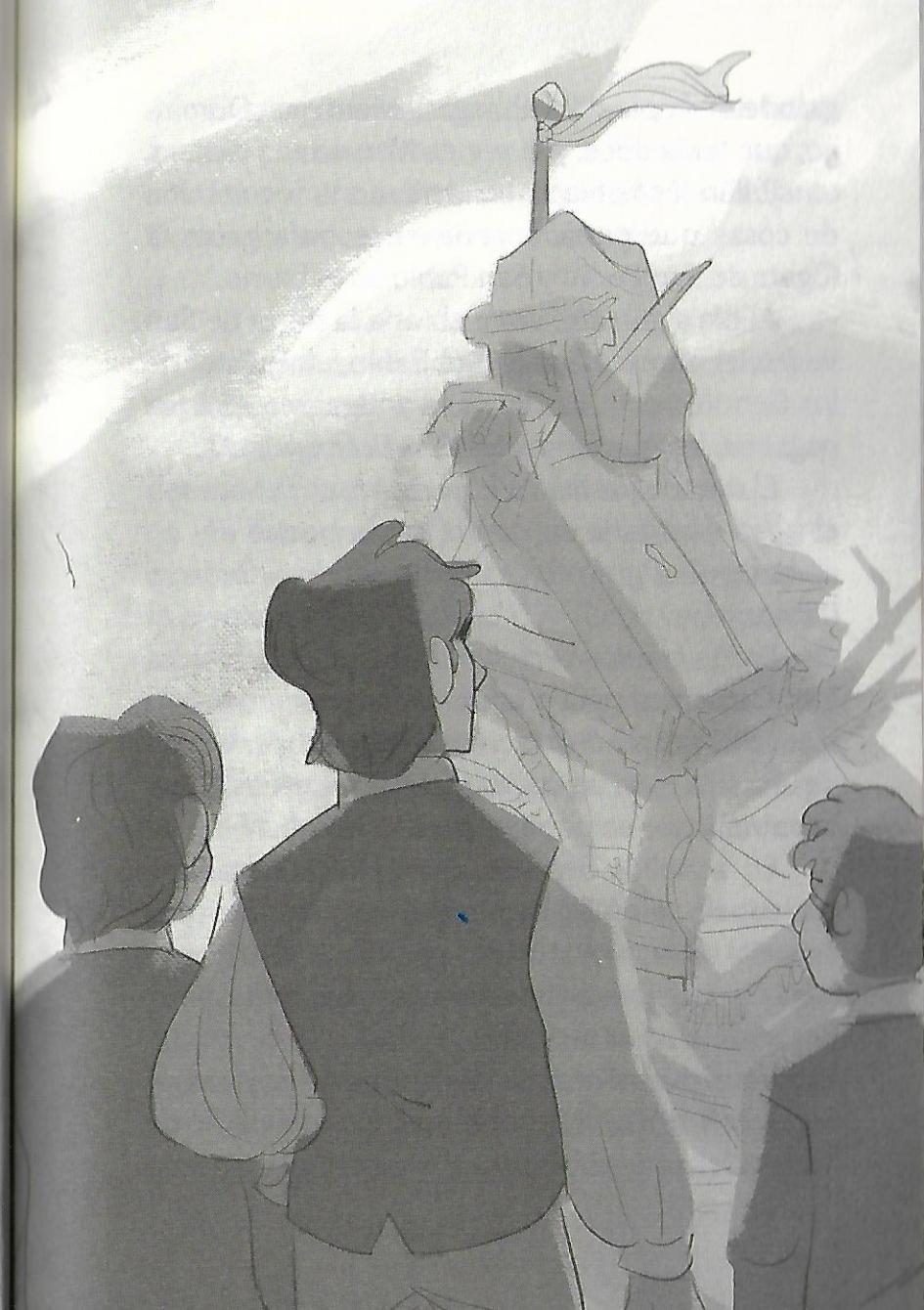
El viejo baúl en el que Florencia, la de la cabellera de la noche, guarda los vestidos y los sombreros de seda. No, Florencia me mata.

La mesita viejísima en la que madre apoya el mate cuando vienen las visitas de tertulia, imaginó, poco convencido. No, madre me mata.

»¿Entonces cómo ayudo a hacer la gran, pero gran fogata si no puedo juntar ni siquiera una rama, un pedazo de madera cualquiera?, se preguntó Manuel, desolado.

Justo en eso llegó Julián Lezica, el capitán de la banda de los chicos de Santo Domingo.

Nadie le decía «capitán Julián», pero actuaba como si lo fuera. Tenía diecisiete años y era el más



grande de la pandilla. El lugarteniente era Domingo, que tenía doce, y le seguía Manuel, de diez.

Julián les había encomendado la recolección de cosas que pudieran quemarse para hacer la fogata de San Pedro y San Pablo en el barrio.

Al día siguiente, se celebraría la fiesta de San Pedro, el primer Papa, y San Pablo, el Apóstol de los Gentiles, como se llamaba antiguamente a los paganos, los que no profesaban la fe cristiana.

El mes de junio era importante para Manuel: el 3 era el día de su santo y a la noche del 29 se hacía una gran fogata recordando a Pedro y Pablo.

Por lo menos una semana antes, los chicos juntaban cosas para prender el fuego en un baldío que estaba cerca del convento. Todo servía: la pata de una silla rota, un cajón despedazado, hasta una capa vieja que su dueño no usara más.

En aquellos tiempos había mucha rivalidad entre los barrios. La fogata era un momento muy especial de esa contienda: ganaba el barrio que hacía la hoguera más alta, más resplandeciente. Era una cuestión de honor.

Los rivales... no los rivales, los archirrivales de los chicos de Santo Domingo eran los del barrio de Monserrat.

El año pasado, la pandilla de Monserrat había ganado por un pelito.

Pero ahora, se habían prometido los de Santo Domingo, las cosas serían diferentes.

—Señores —les dijo Julián, que se las daba de capitán—, vamos a explorar el Bajo.

Domingo y Manuel se miraron, preocupados: ése era territorio de los chicos de Monserrat.

El Bajo era una playa que usaban los carros que iban y venían del Puerto de los Navíos cuando la ciudad estaba inundada. Algunos vecinos arrojaban la basura allí, a la espera de una creciente que se la llevara río afuera. Seguramente entre los desperdicios habría restos de madera para quemar. Pero era un lugar peligroso.

—Madre no nos va a dejar ir —casi lloriqueó Domingo.

—Pamplinas —le contestó Julián, que le gustaba usar palabras difíciles cuando se las daba de capitán—, yo hablaré con vuestra madre. Son apenas dos cuadras de distancia. Y, en todo caso, la salida es por una causa noble: la fogata de San Pedro y San Pablo.

En efecto, Julián habló con doña Pepa, que accedió rápidamente a la petición. Hasta los gran-

des estaban entusiasmados con la fogata de San Pedro y San Pablo.

Y allá fueron Julián, Domingo y Manuel. De paso, se llevaron a los Belgrano más pequeños para que los ayudaran: Francisco, que tenía nueve años, y Joaquín, de siete. El único que quedó en casa fue Miguel, un bebito envuelto como un matambre desde los hombros a los pies con una interminable tira de tela, tal como se estilaba en aquel entonces.

La expedición al Bajo fue muy fructífera. Ésta es la lista del botín:

- Un pedazo de un poste donde se atan los caballos.
- Una damajuana barrigona recubierta de mimbre destejido.
- Un bastón de caña quebrado.
- Los restos de un mortero de madera, de esos que sirven para moler el maíz.
- Trozos de una alfombra toda raída.
- Una de esas bateas que usan las lavanderas para lavar en el río.
- Unas maderas arqueadas y medio podridas que parecían ser de un barril.

Joaquín se trajo un cuenco de barro roto y unos botones de hueso, pero le explicaron que eso no tenía nada que ver.

Los chicos fueron hasta el baldío donde harían la fogata y tiraron al montón todas las cosas que habían recogido hasta ese momento. Era un pilón enorme.

Estaban contentísimos. Hasta que Domingo, que era un aguafiestas, dijo:

—Mañana es San Pedro y San Pablo. ¿Qué pasa si los chicos de Monserrat vienen esta noche y se llevan lo que juntamos?

Julián se puso pálido, Manuel tragó saliva.

—Este... hacemos guardia... —tartamudeó Julián.

Era absurdo. Ninguno sería autorizado a pasar la noche custodiando la pila. No podían hacer nada. Los chicos volvieron a casa, angustiados.

Esa noche fue larguísima. El silencio sólo se veía interrumpido por las campanas, que coincidían con el pregón desafinado del sereno:

—¡Las once han dado y sereno!

Después, otra vez el silencio. En el horizonte, de pronto, los perros ladraban. Y los chicos deleitaron en la fogata amenazada.

—¡Las doce han dado y sereno!

Había pasado una hora; una hora larga, eterna. La noche no pasaba más.

En eso, el ruido de unos cascos sobre la tierra de la calle: un jinete solitario que volvía quién sabe de dónde. Pero no era la pandilla de Monserrat.

A Manuel se le cerraban los ojos. Se quedó dormido. Sus hermanos dormían hacía rato.

A la mañana, los chicos fueron corriendo al hueco. La pila estaba intacta. Qué alivio.

Más tarde fueron discretamente a ver cuánto habían juntado los del barrio Monserrat. El montón de ellos era tan alto como dos chicos parados uno arriba de otro.

¡Había que hacer una pila más alta todavía!

No les faltaba tanto. Toribia, que era buenaza, les regaló unas cuantas ramas secas. Don Domenico mandó que el cochero les diera unas maderas que sobraban en el establo.

Al atardecer, la pila de la banda de Santo Domingo era igual de alta. También la de ellos tenía una altura de dos chicos uno encima de otro.

Las fogatas eran idénticas.

Idénticas, pero no ganaba nadie.

Entonces a Manuel se le ocurrió una idea. Corrió a su casa. Buscó el mango de un cucharrón de madera estropeado que había visto cerca del fogón. Le pidió a la mamá que le regalara un pañuelo que ya no usaba más.

Con el mango y el pañuelo hizo una bandera. Y, con una escalera altísima, la colocó en lo más elevado de la pila.

¡Los de Santo Domingo habían ganado!

Los ladrones del río

Qué lindas son las vacaciones. Nada de levantarse temprano. Nada de tareas para el hogar. Nada de la Escuela de Dios.

Manuel se levantaba tarde, tomaba el chocolate con bollos y le quedaba todo el día por delante.

Se trepaba a los árboles para arrancar las naranjas jugosas y tibias por el sol. O se quedaba tirado en la cama, leyendo el libro de Amadís de Gaula que su padre finalmente había decidido regalarle.

Pero lo mejor era cuando llegaba el día de ir a la quinta a pasar el verano.

La casa estaba alborotada como un nido de cotorras discutidoras. Doña Pepa parecía un almirante dando órdenes:

—Aquel baúl acá, aquel baúl allá. Toribia, cuidado con los vasos que son los únicos que tenemos. No olvides las sábanas. Ah, y los manteles, no olvides los manteles.

Parecía que los Belgrano mudarían toda la casa a los carros que esperaban pacientemente en la puerta. Lo único que quedaba era la ropa de invierno, triste en sus baúles.

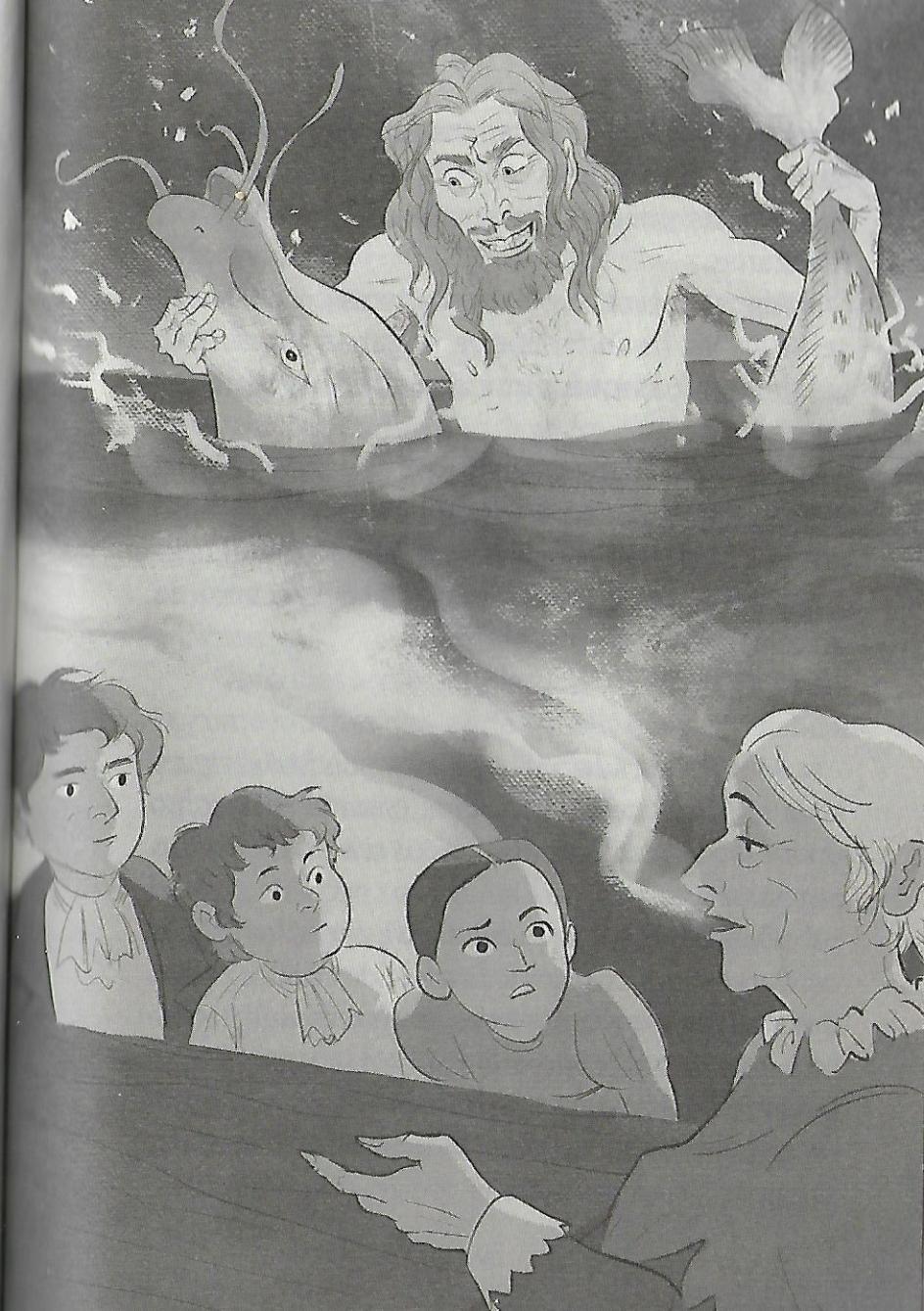
A media mañana, entre los rezongos de doña Pepa, emprendían el camino hacia la Recoleta, llamada así por el convento de los padres Recoletos.

La familia formaba una caravana. En el carrojue conducido por Silvio, el cochero, viajaban doña Pepa y las chicas. Los chicos iban en un carro seguidos por la carreta con el equipaje. Los criados, y el mismo don Domenico, los acompañaban a caballo.

El viaje era toda una aventura. Había que pasar por un puente de palos sobre un arroyo, uno de los tantos que cruzaban la Buenos Aires de entonces. El carro hacía crujir los troncos como si fueran a romperse. Por las dudas, se bajaron y lo cruzaron a pie.

El carro iba dando tumbos. Los más chicos exageraban cada barquinazo, empujándose unos a otros. Se desternillaban de risa como si fuera una gracia extraordinaria. Las chicas los miraban con desdén.

A las cansadas, llegaron a la quinta de los Belgrano en la Recoleta.



La Recoleta se asomaba al río desde una barranca. En aquella época era puro campo. Había unas pocas quintas que ocupaban varias manzanas.

Algunas quintas tenían miradores desde donde se veían las lavanderas que fregaban en el río y las golondrinas que picoteaban las redes de los pescadores.

Para los chicos aquello era el paraíso. Había cientos de árboles para trepar. Playas para tirar piedras haciendo *patito*. Perros para jugar.

Pero lo más lindo de las vacaciones era la abuela, que vivía en la quinta.

María Inés, la abuela materna de Manuel, era toda redondita. Tenía los ojos celestísimos como un cielo sin nubes. Y las manos parecían hechas para acariciar nietos.

Cuando el sol se ponía sobre el río, los chicos volvían de sus correrías. Era la hora de las tostadas con azúcar. Doña Inés, entonces, les contaba historias. Algunas eran de verdad, otras eran fantasías. La abuela estaba perdiendo la memoria y a menudo confundía la realidad con sus sueños.

«Dicen que dicen...»: así empezaba siempre sus historias.

—Dicen que dicen que los hijos del pirata John Drake...

—¿Quién era John Drake, abuela? —preguntó Manuel.

—John Drake era un pirata, el sobrino de un corsario inglés famoso que se llamaba Francis Drake. Hace muchísimos años, los dos salieron a dar la vuelta al mundo. John se vino por su cuenta al Río de la Plata. Una noche, sin darse cuenta, su nave chocó contra una piedra enorme y se fue a pique.

Doña Inés le dio una pitada a su cigarrillo. La abuela, como muchas damas de aquella época, fumaba a escondidas de su hija, que la retaba por ello.

—Por fortuna, los piratas lograron llegar a la orilla. Estuvieron allí un montón de días, pescando surubíes con sus sables de abordaje. Hasta que el humo de sus fogatas llamó la atención de los indios, que los hicieron cautivos.

—¿Puedo comer otra tostada, abuela?

—Claro. —Doña Inés nunca le decía que no a sus nietos—. Los piratas estuvieron prisioneros por más de un año. Hasta que John Drake robó una canoa y huyó por el río. La travesía fue peli-

grosísima. Remaba de noche y dormía durante el día, acurrucado en la canoa. Se moría de hambre. En una noche de luna de esas que marean a los peces, atrapó un surubí con las manos y se lo comió crudo.

¡Puaajj!, frunció la nariz Juana, la más chiquita de los Belgrano.

—El pirata llegó a Buenos Aires más muerto que vivo —siguió doña Inés sin hacerle caso—. Lo metieron preso. Y nadie supo más de John Drake.

La abuela le dio otra larga pitada al cigarro y añadió:

—Pero la leyenda cuenta que John Drake volvió a encontrarse con sus hombres, que habían adoptado las costumbres de los indios. Andaban en cuero como ellos, cazaban pumas con arcos y flechas. Al parecer, John se casó con la hija de un cacique y tuvieron muchos chicos.

»Sus hijos y los hijos de sus hijos —continuó doña Inés— combatieron contra los blancos en la guerra que hubo cuando yo era moza. Fueron vencidos. Entonces se convirtieron en los ladrones del río. Saqueaban las casas de la costa y desaparecían. Cuando no podían saquear se convertían en contrabandistas...

—Abuela... —interrumpió Manuel.

—Sí, ya sé. Contrabandistas son los que traen sin permiso mercaderías de otros países, lo que está prohibido por el rey. Comercian azúcar del Brasil, seda de la China...

—¿Los contrabandistas existen?

—Por supuesto, uno de sus lugares favoritos para desembarcar es precisamente la playa que a ustedes les gusta tanto.

»Los contrabandistas son amigos de la oscuridad, de modo que vienen envueltos de noche. En silencio. Sus barcos rompen silenciosamente las olas mansas. Vienen con el mismo sigilo de los piratas, esos antiguos ladrones del río.

»Dicen que dicen —concluyó la abuela Inés, levantándose de su viejo sillón de mimbre— que alguna vez vendrá el fantasma de John Drake con sus piratas a saquear las quintas.

Aquella fue una noche de luna llena y camas vacías. Las luciérnagas encendían los jardines de a ratos, aquí y allá, y aquí y allá otra vez. Los mosquitos no dejaban dormir, aunque uno se tapara hasta la cabeza con la sábana.

Aburridos, los chicos más grandes (Domingo

tenía trece años; Manuel, once, y Joaquín, ocho) se escabulleron de la casa en puntas de pie.

—¿Vamos a la playa? —propuso Joaquín, que era bastante temerario.

Fueron por un caminito que bajaba por la barranca hasta el río. Al fondo se veían las luces pálidas de una pulperia donde se reunían los pescadores y los peones del matadero cercano.

Tontearon un rato en la playa. Domingo tiraba piedras al agua, como si quisiera despertar a los peces dormidos.

De pronto, Joaquín se restregó los ojos.

—Mi... mi... ren. A... allá... e... e... en el a... agua... —tartamudeó.

Sus hermanos miraron hacia donde indicaba. Una luz se bamboleaba en el medio del río. Aguazaron la mirada. Sí, había una luz. Y unos remos que se elevaban y bajaban rítmicamente. Era una barca.

—¡Contrabandistas! —gritó Manuel.

—¡Piratas! —chilló Domingo, casi al mismo tiempo.

La barca avanzaba. Cada vez más. Los remos chasqueaban en el agua al mismo compás: chas, chas, chas.

Una nube que tapaba un poco la luna se corrió. La luna, entonces, iluminó a unos hombres

que remaban con la cara tapada por gorros de marinero. Alguien, que parecía el jefe, estaba de pie en la proa. Parecían ferores. Seguramente llevaban navajas.

Domingo, Manuel y Joaquín salieron corriendo como alma que lleva el diablo. No se sabía quién corría más rápido, volaban.

Tomaron a toda prisa el caminito que habían bajado minutos antes. Se resbalaban, se arañaban las manos con las malezas, pero no les importaba.

Finalmente, llegaron a casa. Estaban convencidos que habían visto al fantasma de John Drake y sus piratas. Pero no podían decir nada porque les darían un soberano reto por haber salido sin autorización. Optaron por irse a dormir.

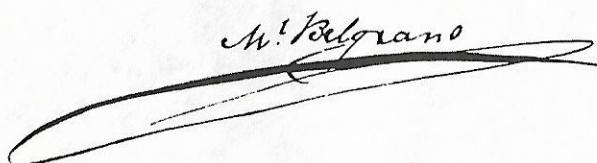
A la mañana siguiente, en la playa había un reguero blanco que iba desde la orilla hasta la barranca. Como si una bolsa hubiera estado agujereada y dejara una huella tras de sí. Era la única señal que había quedado de aquel contrabando de azúcar.

Ya somos grandecitos

Manuel tenía buena letra. No era redonda, ni derecha, ni torcida. Pero, eso sí, era muy clara. Se entendía perfectamente.

Hacía rato que tenía una firma personal; siempre igual, siempre parejita. Le gustaba dibujar su nombre y apellido en cuanto papelito anduviera suelto.

Firmaba *M.l* (la abreviatura de Manuel) y después, orgulloso, su apellido.

A handwritten signature in ink, appearing to read "M. Balgrano", with a long, sweeping underline underneath it.

Los chicos se preocupan por su firma en cuanto aprenden a escribir. Toman la pluma de ganso, mojan la punta con tinta, sacan la lengua entre los labios y dibujan su nombre y su apellido.

A veces imitan la firma de su papá o de su mamá. Pero lo principal es tener una firma propia, distinta. Porque la firma es como el espejo de uno.

Una de las cosas que importan en una firma es el garabato que va encima, debajo o alrededor del nombre y el apellido. El adorno de la firma. Es como si ese adorno dijera: «Acá está, éste soy yo».

Quién sabe cuánto tiempo pasó Manuel imaginando esa raya envolvente, que empieza finita y se hace gruesa al final porque aprieta la pluma contra el papel. Pero es probable que siempre haya dibujado algo parecido a ese garabato debajo de su nombre y apellido.

En la firma de los grandes siempre hay algo de la firma que hacían cuando eran chicos.

La primera vez que Manuel firmó en serio fue cuando entró al Real Colegio de San Carlos. Su vida de niño estaba terminando.

En invierno todavía era de noche cuando los zorzales, los únicos pájaros despiertos a esa hora, veían pasar a Manuel. Iba muy de capa y traje negro, bonete de cuatro picos y una faja de paño rojo cruzada sobre el pecho.



No tenía mucho que andar: el colegio, que estaba en la calle de la Santísima Trinidad, quedaba a una cuadra y media de su casa.

No cualquiera estudiaba en el Real Colegio. Para empezar, había que tener permiso del virrey. Después había que demostrar que uno era «cristiano viejo», que descendía de cristianos sin mezcla conocida de moros o judíos. España trataba como inferiores a aquellos que no fueran cristianos por los cuatro costados.

Ahora, si uno entraba, había que ser muy pero muy disciplinado. En casa había que portarse bien. Pero en el colegio había que portarse re bien. ¡Guay de quien anduviera tironeándose de la ropa! ¡Guay de quien jugara de manos, que eso era de villanos!

Hablar en clase o llegar tarde eran faltas castigadas físicamente.

Los colegiales le tenían miedo a la palmeta, golpes en la palma de la mano que dejaban la piel ardiendo. También le temían a la penitencia que consistía en ponerse de rodillas un largo rato, a veces sobre granos de maíz. Pero lo que más los asustaba eran los azotes con que se sancionaban las faltas graves.

Había chicos que la pasaban realmente mal. De modo que no era raro que se escaparan. Hubo

uno que se fugó cinco veces, una tras otra. Apenas lo pescaban, volvía a evadirse. Al final, lo devolvieron a casa de sus padres.

Aun los colegiales aplicados recibían coscorrónes y tirones de oreja de vez en cuando. Había mucho malestar entre ellos. Algunos abandonaron el San Carlos, como Juan José Castelli, el primo de Manuel, que se fue a estudiar a Córdoba.

Cuando se hizo grande, Manuel nunca dijo si había sido castigado en el colegio. Pero sabemos que muchos de sus compañeros sí lo habían sido. Alguien tan sensible como él no podía haber permanecido indiferente a ese maltrato.

Manuel todavía no había cumplido los catorce años. Asistía resignadamente a las monótonas clases del San Carlos. Allá iba, todas las mañanas, con su capa y su traje negro.

Un buen día, la monotonía se rompió como se rompe ruidosamente un vaso contra el piso: un papel sin firma apareció sobre la puerta del colegio.

He aquí lo que decía:

Ya somos grandecitos. Debemos educarnos para la patria con honor.

Basta de castigos corporales!

El portero arrancó el papel y se lo llevó volando al rector.

El rector lo leyó. Se puso pálido. Cayó pesadamente sobre su sillón. Los anteojos se le resbalaron hasta la punta de la nariz.

—¡Válgame Dios! ¡Adónde vamos a parar! —gritó, y el grito resonó como un eco en los patios, en los pasillos, en las aulas.

El papel era apenas un papelito, un cuadrito de papel grueso. La letra era una buena letra; ni redonda, ni derecha, ni torcida, pero muy clara.

Agitadísimo, el rector movía el papel en el aire como si quisiera que las letras se cayeran y que nadie pudiera leer aquellas palabras insolentes.

Un colegial se había rebelado contra una norma del Real Colegio, que se llamaba San Carlos nada menos que en homenaje a Su Majestad Carlos III.

«¿Quién habrá sido el atrevido?», pensó el rector una vez que se calmó un poco. «¿Algún ex alumno? ¿Tal vez aquel Cornelio Saavedra? ¿Acaso el bribón de Juan José Castelli, el hijo del boticario?»

«No», decidió. «O mucho me engaño o el culpable debe estar entre los alumnos actuales. Esta letra es muy personal. Por la letra he de hallarlo», concluyó.

Mandó a llamar a su despacho, uno por uno, a los ochenta alumnos del Real Colegio.

—¿Escribió usted este texto?

—No, vuestra merced.

—¿Ésta es su letra?

—No, vuestra merced.

—Vamos a verlo. Copie usted este texto.

Y el pobre estudiante asustado copiaba el texto:

Ya somos grandecitos...

La letra no era parecida ni por asomo.

—Retírese, pues —decía el rector, con cara de pocos amigos.

Pasaba el siguiente:

—¿Escribió usted este texto?

—No, vuestra merced.

—Copie usted este texto.

Ya somos grandecitos...

Tampoco; que pase otro.

Así pasaron setenta y nueve alumnos.
Setenta y nueve alumnos y no ochenta porque ese día Manuel había faltado.
Nunca apareció el responsable. A nadie se le ocurrió comparar la letra del ausente Manuel con la letra del papel revolucionario.

Contar la historia

¿Alguna vez Manuel Belgrano participó en una guerra de fogatas? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que en su infancia se festejaba San Pedro y San Pablo con enormes hogueras y que los barrios rivalizaban a ver cuál era la más alta.

Inventamos entonces que Manuel ayudó a armar una gran fogata con los chicos de su barrio, Santo Domingo, que competía con el barrio de Monserrat.

Desde luego, esos barrios fueron reales. También lo fueron las personas que intervienen en la narración: Juan Lezica y Manuel Belgrano, así como sus hermanos Domingo, Francisco y Joaquín.

De modo que imaginamos que ocurrió algo, que pudo haber sucedido o no, a partir de hechos reales del pasado. De eso se trata un cuento histórico: de un relato que parte de la historia.

Para que un cuento histórico sea creíble, es necesario que sepamos cuándo suceden los hechos narrados, quiénes lo protagonizan y en qué lugares transcurren.

En estas páginas veremos cuándo ocurrieron nuestras historias, quiénes fueron en verdad sus protagonistas y en qué lugares concretos sucedieron.

Cuándo

Los cuentos transcurren entre 1775 y 1784, en la infancia de Manuel Belgrano (1770-1820). El primer relato sucede cuando tenía cinco años y el último, antes de que cumpliera los catorce.

Quiénes

Los principales protagonistas de las narraciones son la familia Belgrano y, en menor medida, los Castelli. Ambas familias estaban vinculadas por un lejano parentesco.

Los Belgrano vivían en la actual avenida Belgrano 430 (antiguamente Santo Domingo), a metros de la Basílica de Nuestra Señora del Rosario y Convento de Santo Domingo.

El matrimonio del genovés Domenico Belgrano e Peri (castellanizado como Domingo Belgrano Pérez) y la criolla María Josefa González Casero tuvo trece hijos: María Florencia (1758-1777)

Carlos José (1761-1814)

José Gregorio (1762-1823)

María Josefa Anastasia (1767-1834)

Domingo José Estanislao (1768-1826)



Esta es la casa en la que nació Manuel Belgrano, sita en la calle Santo Domingo (hoy avenida Belgrano).

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús (1770-1820)
Francisco José María (1771-1833)
Joaquín Cayetano Lorenzo (1773-1848)
María del Rosario (1775-1816)
Juana María (1776, fallecida después de 1815)
Miguel José Félix (1777-1825)
Juana Francisca Josefa (1779-1835) y
Agustín Leoncio José (1781-1810).

Los Castelli residían en la esquina de Rivadavia y Suipacha (antiguamente las calles de Las Torres y San Miguel). En el censo de 1778, allí vivían Angelo Castelli y María Josefa Villarino con sus hijos (Juan José, Mónica, Joaquín, María Ventura, Francisco, María Dolores, Josefa y Rosa Micaela) y siete esclavos.

Angelo Castelli (1718-1781) nació en Nici, en el reino de Morea, colonia de la República de Venecia. Se recibió de médico-cirujano en Venecia y embarcó en el Nuestra Señora del Rosario, Señor de San José y de las Áimas capitaneado por Joseph Polloni. El 31 de enero de 1753 naufragó en las costas de Uruguay (antiguamente Banda Oriental).

Juan José Castelli (1764-1812) asistió a la escuela de los jesuitas. A los trece años ingresó al Real Colegio de San Carlos. En 1780, se fue a estudiar al Real Colegio Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, en Córdoba.

Dónde

Cuando Manuel nació, Buenos Aires todavía formaba parte del Virreinato del Perú. Era una pequeña aldea con muy pocos habitantes. Recién en 1776 Buenos Aires se convirtió en la capital del flamante Virreinato del Río de la Plata.

*La familia Belgrano pasaba los veranos en la quinta **Las Cinco Esquinas**, en el barrio de la Recoleta, llamado así por el convento de los padres Recoletos Descalzos, al lado de la iglesia Nuestra Señora del Pilar. Estaba fuera de la ciudad, vinculada a ella por la avenida Quintana (la antigua Calle Larga, porque no estaba cortada por ninguna otra).*

La quinta, conocida también como «la quinta de Pérez», ocupaba tres manzanas que se iniciaban en la esquina de Juncal y Quintana. Según el censo de 1778, en ella vivía la abuela de Manuel, María Inés Casero, con dos esclavos.

*En 1772, se fundó el Colegio de Reales Estudios, el primer colegio estatal de la Argentina. El 3 de noviembre de 1783, se convirtió en el **Real Colegio de San Carlos**, un colegio con internado.*

El reglamento establecía que «sólo deben admitirse a los [niños] de primera clase, que al menos tengan diez años de edad, [sean] hijos legítimos, que sepan leer y escribir [y] que sean de buenas



Los Belgrano pasaban sus vacaciones de verano en su quinta de la Recoleta, cerca de la actual iglesia del Pilar.

inclinaciones y costumbres e incapaces de perjudicar a otros, ya sea corrompiendo la pureza de sus costumbres o inspirándoles un espíritu de queja o de desobediencia, para cuyo efecto deberán ser cristianos viejos, limpios de todo mal u origen racial moro, judío, y que no hayan tenido sus padres oficio vil». También recomendaba «no aplicar con frecuencia el castigo de azotes».

Los autores

Ricardo Lesser

Nació en Buenos Aires, a la vuelta de la plaza de Tribunales.

Su abuela Chonchona tenía manos de tocar el piano y acariciar nietos. Y contaba historias. Pero no cualquier historia, las historias de las familias que conocía.

Con el tiempo Ricardo estudió sociología, que trata de la sociedad; o de la gente, que es lo mismo. Escribió y escribió. Hasta que un día se dio cuenta de que contaba historias. Historias de familias, como la Chonchona.

Constanza Oroza

Es una dibujante oriunda de Cinco Saltos, Río Negro. Cuando no está trabajando en proyectos de animación, haciendo (muy probablemente) *storyboards*, se la puede encontrar ideando cómics, aprendiendo palabras difíciles en artículos que lee, bailando, o mirando el techo, pensando en que debería comprarle un dominio a su página: consfolio.tumblr.com

Índice

Como un reloj	9
Miedito	19
La Escuela de Dios	29
El tío del cuento	37
La guerra de las fogatas	47
Los ladrones del río	57
Ya somos grandecitos	67
Contar la historia	75

Había una vez un chico que vivía en una pequeña aldea llamada Buenos Aires, en el Virreinato del Perú. Sus papás le habían puesto cinco nombres, pero todos lo conocían como Manuel.

Nadie hubiera dicho que ese muchachito rubión, con el tiempo, sería un héroe.

En estos cuentos, al menos, Manuel no es más que un chico. Un chico como vos.



RICARDO LESSER

Ricardo nació en Buenos Aires, a la vuelta de la plaza de Tribunales.

Su abuela Chonchona tenía manos de tocar el piano y acariciar nietos. Y contaba historias. Pero no cualquier historia, las historias de las familias que conocía.

Con el tiempo Ricardo estudió sociología, que trata de la sociedad; o de la gente, que es lo mismo. Escribió y escribió. Hasta que un día se dio cuenta que contaba historias. Historias de familias, como la Chonchona.

www.planetalector.com.ar



• • •
DESDE 8 AÑOS

Otros títulos de
**PLANETA
AZUL**

• • •
Cuentos de la selva
Horacio Quiroga

Al don Pirulero
Ana María Machado

De barrio somos
María Cristina Ramos

ISBN 978-987-4155-24-5

9 789874 155245